



ME DUELEN LAS MANOS

*A menudo he odiado en defensa propia;
pero, si fuera más fuerte,
no habría usado semejante arma.*

KALIL GILBRÁN (1883 – 1931)

Me siguen doliendo las jodidas manos, y así seguirán. No las culpo: bastante sufrieron las pobres, y sé que no fueron hechas para moler como molieron. Y es que los troncos más recios, a fuerza de abuso, colapsan. Se rajan vertebras, cañas, se gastan fibras y se estropean los pulmones en el camino. Ahora ando con cuidado, no quiero que se me rompa el cuerpo.

Desde que me levanto hasta que me acuesto, un dolor sordo, un dolor grueso y ronco, me tortura con persistencia. Es un eco grande allá en lo profundo de los huesos que me recuerda en las mañanas, que ya se me acabó la fiesta. Mientras froto las manos se me ocurre que, si pudieran, estarían llorando por culpa de una fatiga infinita que viene desde lejos, de mi abuelo, de mi padre, mis hermanos, y de mucho más atrás. A veces río por la ocurrencia que me transmitieron este dolor desde mi nacimiento, algo así como una herencia familiar. ¡Tremendo caudal hereditario ganado en rifa de la que no compré boleto!

Se los digo, se los digo: estos surcos profundos como cunetas de calle de pueblo, no son

Dos cuentos

POR ALBERTO CABREDO

misericordia. A fuerza de pico, pala, martillazos, magulladuras, astillas, cortes de esmeril, destornilladores, quemaduras de soldadura, machucos y golpes paridos por descuido, se fueron tallando, transformando de a poquito, hasta quedar así como están. Abrigué incluso la esperanza de hacerme sastre tras mi jubilación. Tremendo idiota: cómo ensartaría una aguja con estos dedos tan gruesos y aturdidos. Como dije, la fuerza de estas manos se fue. Las que antes arrancaban a reajo limpio un clavo de una madera, hoy no sirven para nada. Fatiga muscular por trabajo excesivo, me dijo un día un galeno.

Pero detrás de todo esto hay una historia terrible. Solo se lo he contado a Francisco, y eso entre tragos. Y es que ya no tengo ganas ni de llegar a casa. Me paso la noche en este *billarucho*, toma que toma tragos. Así esquivo la cena, el televisor y la cama.

Cuando le conté mi secreto a Francisco, él me miró sin sorpresas y solo comentó: Al fin se atrevió alguien. Y pasó a otro tema, como si nada...

Bueno, se los voy a contar a ustedes. No, no, tranquilos: no estoy borracho. Si se los cuento es porque me da la gana; intuyo que guardan bien los secretos. Aquel idiota nos hacía trabajar hasta los días de descanso obligatorio y los feriados. Nos pagaba cuando le daba la gana y mal, vivía insultando a todo el que se dejaba. Como le conocía desde

antaño, cuando su padre lo llevaba a la empresa en pantalones cortos, le dije que mi tiempo en esa vaina se terminaba y que quería pensionarme.

¡Cómo se rió y con qué gusto! ¡Hasta tos le dio al cabrón! Me recordó las carcajadas de mi padre cuando estaba ebrio. La noche es cómplice de malas ideas, ¿o será la maldita oscuridad? Bueno, la cosa es que no tuve que planearlo mucho; de hecho, me salió natural, *bieeeen* espontáneo. Así se dice, ¿no?

Recuerdo clarito que aquella noche lo esperé. Lo tomé por el cuello y se lo exprimí lenta, lenta, lentamente, hasta que algo traqueó por dentro. De inmediato, dejó de patear. Luego, lo subí al último piso de la construcción y lo aventé sin asco. Cuando bajé, me recordó al último que se había descalabrado desde allá arriba. No se me ocurrió revisarle los bolsillos, ni quitarle la cartera, ni ninguna otra cosa. Su muerte la causó su indiferencia, no mi necesidad. Eso pasó hace tiempo, de todo aquello sólo me queda este maldito dolor en las manos. ¿Me pagan un trago...?

RÉQUIEM PARA DOS EN VIERNES

*Ayer vi a un niño jugando a que mataba a otro niño:
ayer vi a un niño jugando a que mataba a otro niño.*

NICOLÁS GUILLÉN (1902 -1989)

Lo vi llegar en la cabina de una camioneta, se veía malherido. Me acerqué de manera rutinaria a ver de qué se trataba. Iba hacia la Sala de Urgencias del Hospital a cumplir con mi turno y, bueno, ya que estaba en medio del camino, di un vistazo. Dos orificios en el cuerpo, evidente pérdida de sangre y mucho letargo. Grito pidiendo una camilla, los tatuajes que le marcan el cuerpo me advierten que pertenece a alguna banda delictuosa.

Les cuento que Verónica me tiene fregado, no entiende que con estos turnos no puedo seguir su paso. Lleva una vida social agitadaísima y por más que insista, hay días en que estoy tan cansado que prefiero irme a dormir. Cómo me gustan

sus ojazos chocolates, sus pecas, arrumacos y re-criminaciones infantiles, sus excusas increíbles, el tono inocente y superficial con que se refiere a todo, su poco importa y la innegable ligereza con que toma la vida. Tanta complacencia de sus padres ha terminado por hacerla creer que el mundo le debe algo sólo por existir, y su mamá es igualita. Su viejo es quien procura el nivel de vida que mantienen. Me divierte ver cómo las mira y trata de ocultar su desdén, mientras intercambian sus querencias antes de la cena. Si supiera que ya sé cómo se entretiene a escondidillas, cómo escapa del círculo familiar. Un día se lo voy a dejar caer como quien no quiere, como si distraído se me escapara el comentario; segurito cambia ese aire distante y altanero con que me trata.

Vuelvo y grito pidiendo la camilla. ¡Oigan, que se nos va a morir esperando en el carro, carajo! Si me toca este caso, me voy a quedar clavado un buen rato aquí, no le veo orificio de salida a las balas y hay que contener la hemorragia corriendo. Al fin llegan los camilleros y lo tiran en la camilla como un saco de papas. Ya vendrán en cualquier momento los familiares gritando que casi era un santo, mejor entro al hospital antes de que empiece el circo.

Bueno, ¡qué voy a hacer! Increíble: me tocó el baleado. No es que le saque el cuerpo al trabajo pero estas últimas semanas he visto más de once heridos de arma de fuego. No se me ha ido ninguno. Será porque no llegan ni a veinte años (Verónica quiere ir al cine esta noche y, después, a comer *Sushi*; vamos a ver si me deja este tipo).

Ya oigo los gritos fuera del quirófano: ¡Aaaaaay, me lo balearon!, ¡Aaaaaay, se muere, se me muueeeere!, ¡quiero veeeerlo!, ¡déjenme entrar, que es mi hijo!, ¡no me empujes, desgraciado! ¡Eso es *mentiiiiiraaaaaa*: no es maleante!... Pancho es un buen muchacho... Lo atrapó una balacera entre pandillas, ni sabemos quiénes fueron... Si él nunca sale de la casa, *comando*. ¿Cuáles drogas, *comando*? ¡No invente!, que él lavaba carros. ¡Eso es *mentiiiiira*!, él no conoce a ningún *Cocobolo*, ni a ése que le dicen *Orejón*, todo eso es canallada de los vecinos. No nos quieren en el barrio por-

que somos gente buena... ¿Que qué?, ¡que yooo!, ¡mentiiiiiraaaaa!, ¡yo no vendo drogas, comando!, ¡quiero ver a mi hijo, suéltenmeeee, suéltenmeeee! ¡No me lleven, carajo

Al fin se la llevaron, coño. Y este malandrín no reacciona. Se me quiere morir, pero no lo voy a dejar. Y ahora suena el celular. Enfermera, tome el celular de mi bata y vea quién es. Dígale a Vero que no he olvidado la cita, que no se preocupe, que estaré puntual... ¡No, no, no! Dígale que yo la llamo y cierre. Necesitamos más sangre, que este terco se quiere ir y a mí no se me ha muerto ninguno (Los ojos chocolates de Verónica, grandes como luna llena y la boquita perfecta y jugosa como naranja dulce). ¡Concéntrate que se te va, carajo!

Una y queda otra. Estaba bien escondida la bribona, pero no lo dañó tanto. Fue una 9 milímetros; tuvo suerte con ésta. La otra bala rebotó en algún hueso y anduvo paseando; a ver dónde está. Esta operación, en un hospital privado hubiese costado una fortuna. Y aquí me pagan una porquería y todavía me quieren poner a atender más gente. Primero les metemos una huelga. ¡A quién se le ocurre abusar tanto! (Verónica desnuda en el baño, su piel de porcelana se me brinda sin reparos, hay que darle un premio al que inventó la regadera). Otra vez el celular, apuesto a que es Vero. No lo contesten que tengo que encontrar la otra bala. Dice la enfermera que allá afuera han puesto un policía, ¡como si se pudiera escapar!, todavía falta que no llegue al cementerio.

Miro el reloj, ¡qué va!, no voy a terminar a tiempo. La Vero me va a matar. Pero es viernes, ella sabe que los viernes aumenta la marchantería –balazos, cuchillazos, botellazos, machetazos, atropellos, choques–; toda la violencia que alimenta los titulares de los sábados llega a esta sala por oleadas, parecen botes averiados en tormenta, pero estos son de carne y hueso, y no siempre aguantan. *Veeela ve*, allí estás, a ver cómo te saco sin hacerle más daño. Bueno, terminamos. A lavar estas tripas y a coser...

No, no, no, ni me miren. Me voy, no atiendo ni uno más (Vero está comiendo *sushi*, Vero está riendo, Vero está en mi cama). Tres horas más o menos duró la operación, casi se va el jodido.

Pero es por gusto, aquí caerá otra vez, y otra, y otra, hasta que reviente. Yo puedo salvar los cuerpos, pero quién restaura la integridad malograda. Esta ciudad ha tomado un carácter terrífico, un aire virulento está enredándolo todo y se ha apoderado de ella. Casi parece una epidemia contra la que nada se puede. ¡Ojalá mañana no me toque un mutilado!, no resisto esos casos.

Mientras caminaba distraído con sus cavilaciones y marcaba el celular de la Vero, pensó que debían iluminar mejor aquellos estacionamientos. — *¡Bueenas!*, ¿usted es el doctor que salvó a Pancho? ¿Y usted quién es? Un amigo de Pancho, ¿lo salvó o no lo salvó? Le recomiendo que pregunte en la Recepción de Urgencias. ¡Sólo quiero saber cómo está!

El tipo tenía mala pinta y en el estacionamiento no había nadie. El doctor abrió el carro mientras contestaba que había que esperar, pero que todo parecía ir bien. Se sentó en el carro mientras contestaba la llamada de la Vero. El sujeto sacó una pistola y le dijo:

— *A Pancho* no lo salva nadie, ahorita se está muriendo asfixiado, *Orejón* se está encargando de eso, y tú te vas a morir por andar metiéndote a redentor sin mi permiso.

El tiro resonó en el enorme estacionamiento y el galeno cayó de lado empezando su viaje a la otra dimensión. *Cocobolo* vació la cartera, quería que pareciese un robo. Luego, caminó hacia la salida sin prisa, no era la primera vez que asesinaba a alguien y ya había escapado de la muerte varias veces, por lo que no cualquier cosa alteraba su pulso. Hasta se dio tiempo para tomar un refresco en el quiosco más cercano. Confiaba en los tratos que mantenía con algunos la policía.

En el piso del carro, la voz de Vero desde el celular preguntaba: ¿Qué pasa?, ¿Qué pasa?, ¿Qué pasa?...

ALBERTO CABREDO. Nació en la ciudad de Panamá el 26 de enero de 1956. Abogado, egresado de la Universidad de Panamá. Ha publicado cuentos en la revista "Maga" y en el suplemento "díaD" del diario Panamá América. Es autor de cuatro libros de cuentos: *La búsqueda* (2007); *La lluvia* (2008); *Contra el viento* (2009) y *Caligene urbana* (2010).